

frases apasionadas... y yo las oía, sin poderme mover... ¿ Con quién hablaba? ¿ á qué hombre criminal y misterioso le pedía que jurase fidelidad eterna y eterno amor?... « ¡Dime que no me olvidarás nunca, dime que jamás... jamás... júramelo !... » Sí; era Marta la que solicitaba promesas eternas... « ¡Te lo juro! » respondió otra voz para mí más conocida aún y más familiar que la primera... Mi emoción fué tan grande, fué tan intensa mi cólera, que ni siquiera pude abrir la puerta de la alcoba... Después de todo, ¿para qué abrirla puesto que yo no he sido nunca capaz de matar á dos mujeres?... »

AMOR IDEAL

AMOR IDEAL

I

12 de julio.

Gabriel acaba de marcharse. Es un buen muchacho Gabriel...

Hace tres años, cuando nos veíamos por las primeras veces, lo único que en él me gustaba era el modo de burlarse seriamente, austeramente, casi sacerdotalmente de los demás.

— « Esa dama — solía decirme — es como la luna. »

Ó bien :

— « Ese caballero parece un conde brasileño. »

Sus bromas, lapidarias y crueles, no me hacían reír en el acto, pero se grababan en mi memoria y me obsedían hasta el punto de que tres ó cuatro días más tarde, al encontrarme de nuevo ante la

dama *lunaria* ó ante el caballero *rastacuero*, casi me era imposible no echarme á reír.

Sin embargo, otros decían á cada momento una multitud de menudas maldades, más chistosas sin duda, pero que no dejaban en mi alma impresión ninguna.

¿Sería porque la voz de Gabriel era más aguda, más estridente, más macabra? ¿Sería á causa de su actitud de dandy frío é impecable? ¿Sería...?

No; no... en aquel entonces yo no le veía con ojos tiernos, ni siquiera ponía más atención en su figura que en la de los demás *sportmens* que trataban de serme agradables.

Gabriel no me era agradable; pero en cambio me parecía « inquietante ».

¿Por qué?...

II

13 de julio.

Hoy, después de haber pasado la mañana en compañía de Gabriel, me pregunto de nuevo por qué su persona me interesa más que la de los demás.

Gabriel no es guapo ni mucho menos. Su nariz es demasiado larga; su cráneo comienza á ser menos poblado que el de Apolo; su barba no es ni rubia, ni negra, ni rizada, es una pobre barba de hombre

estudioso, una de esas barbas sin color y sin elegancia, como la de Jules Lemaitre y la de Brunetière; su cuerpo es menos ágil y menos flexible que el de cualquier ciclista.

En el fondo nada tan vulgar como su aspecto exterior.

Lo único que en él me parece bello, verdadera, completa, delicada y exquisitamente bello, son sus manos — esas manos aristocráticas y nerviosas, blancas como las de una princesa de Wislers, y tan largas, tan afiladas, tan armoniosas, que habrían podido servir de modelo al escultor Rodín para completar la belleza incórporea de su Bautista de bronce!

Más de una vez, sintiendo mi mano entre sus manos ideales, á la hora de la despedida, he llegado á perder mi indiferencia habitual para indicarle de una manera imperiosa que deseaba quedarme así algunos instantes más; que mis manos deseaban ser acariciadas largamente por sus manos; que había algo, en el fondo de mi corazón ó en el fondo de mi cerebro, que se sentía mecido, enervado, domado, durante los diez segundos que duran nuestras despedidas. Pero él no ha querido ó no ha sabido entenderme. Sus « buenas tardes » y sus « adioses » son siempre de una brevedad matemática.

III

17 de julio.

Hace cuatro días que no pienso sino en las manos de Gabriel.

Si mamá supiera las horas de preocupación que he pasado tratando de combinar un medio discreto para estrechar estas manos, estoy segura de que se burlaría de mí.

Porque aunque Gabriel sea mi novio, y aunque todo el mundo nos deje hablar á solas en los rincones perfumados del salón, hasta hoy no me ha dicho ni aun que tengo los ojos negros.

¿Cómo — entonces — sé que me quiere?

Porque las mujeres sabemos siempre esas cosas antes de que nadie nos las diga.

Y además, porque mi pobre mamá me lo ha dicho.

Según parece, Gabriel vino á casa un domingo del mes pasado, cuando yo había ido á comer en compañía de las marquesas de Loriense y pidió permiso á mi familia para hacerme la corte. Mi familia, como es natural, concedió el permiso y mamá me lo participó en el acto. Yo creí que al día siguiente Gabriel me diría algo; pero nada, ni una palabra, ni un cumplido; ni siquiera una de esas sonrisas que

todos los hombres tienen á su disposición cuando se encuentran en frente de una mujer bonita.

Empero, estoy segura de que me quiere... de que me quiere mucho... de que me adora.

Hoy mismo, al poner en obra la estratagema que inventé para estrecharle la mano, me convencí de que su amor es tan grande como el mayor y tan ardiente como el más grande.

Lo malo es que esas cosas que se sienten así, no pueden explicarse de ningún modo.

Si alguien me *oyese pensar* y me preguntara cuáles son los signos que me han indicado la pasión de mi novio, me pondría en un gran compromiso. Bourget mismo, en colaboración con Marcel Prévost, emplearían cien páginas sin conseguir explicar las mil menudencias que denotan en una alma tímida, fría y orgullosa, como el alma de Gabriel, la verdadera pasión.

La generalidad cree que los hombres declaran el amor que sienten por medio de la mirada. Yo, por mi parte, creo lo contrario. El hombre que puede mirar de frente á una mujer, es porque no la quiere de veras. El enamorado, el enamorado que hace del amor una religión, baja los ojos ante los ojos de su ídolo; y cuando se fija en ella, cuando sus pupilas se clavan, de lejos, á través del espacio, en el rostro ideal, siempre es febrilmente, pavorosamente, como

si cometiesen un crimen. El enamorado que se siente sorprendido, en el acto de la adoración muda, por el objeto mismo de esa adoración, se estremece y baja los ojos.

Gabriel baja los ojos cuando los míos se clavan en él.

... ¡Si Luisa, mi compañera de colegio, me hubiese visto esta mañana!...

Porque las « estratagemas » son siempre malas. Nuestro profesor de historia nos decía á menudo que « Bismarck era el monstruo rubio que había recibido del infierno el don de la estratagema sanguinaria ».

Gracias á Dios la mía no tiene nada de sanguinaria. Hela aquí: mi abuelita, la buena, la mamá de papá, me regaló hace tiempo, un día de mi santo, un anillo; un anillo muy feo, con una esmeralda, un rubí y un zafiro; algo como un arco iris de portera, una especie de salsa de piedras falsas. Yo hubiera querido echarlo por la ventana, pero papá me ordenó que me lo pusiese en el dedo para no disgustar « á la vieja ». Papá es un antiguo militar: todas las mujeres que no tienen veinte años son para él viejas. Me puse, pues, el anillo, decidida á perderlo lo más pronto que me fuese posible; pero la desgracia quiso que nadie lograra sacármelo del índice.

Todas mis amigas han tratado de quitármelo... Imposible, imposible...

El anillo sigue aquí, en mi pobre dedo, sin querer

pasar de la articulación. Ayer, cuando Gabriel me contaba su último viaje á Suiza, yo le supliqué que me ayudase á separarme de tan odiosa joya.

— ¡Odiosa! — respondiome — Para mi gusto más bien es muy bonita.

— Tal vez; mas á mí me repugna.

— En ese caso es necesario sacarla.

— Yo sola no puedo; ¿quiere usted ayudarme?

— ¿Yo?

— Sí, Gabriel, usted debe de ser más hábil que mis amigas.

Y poniéndose colorado como una amapola, con los ojos bajos y los labios secos, sin decir una palabra, casi temblando, Gabriel, mi pobre Gabriel que siempre es serio, aun cuando se burla de los demás, comenzó á tratar de sacarme el anillo. Naturalmente no lo consiguió. Pero eso no importa. Lo que yo deseaba era tener mi mano entre las suyas durante algunos minutos.

IV

21 de julio.

Verdaderamente estoy enamorada de las manos de Gabriel. Cada día las encuentro un nuevo encanto, una nueva belleza, una gracia nueva.

Á veces me parecen las manos de una estatua de cera, pálidas y casi sobrenaturales. En otras ocasiones, al contrario, creo ver en sus movimientos algo de terrible, algo que hace pensar en las garras de los grandes felinos y de las aves de presa. Son crueles y dulces, suaves y hieráticas, despóticas y suplicantes.

Son fantásticas... Cuando se juntan ante el altar de la Virgen para suplicar, deben de traer á la memoria las manos de los mártires cristianos hechas de « carne de hostia » según dice sor María de Agreda.

Cuando se agitan coléricas, no pueden menos de parecer las evocaciones vivientes de esas extremidades que, en los cuentos de Edgardo Poe y de Hoffman, fabrican las cuerdas de los ahorcados del ensueño...

V

22 de julio.

Es necesario que yo le cuente á alguien la impresión « turbadora » que las manos de mi novio me producen. Es necesario encontrar un confidente para mis secretos apasionados. Es necesario que una persona cualquiera me explique el misterio de mi amor.,.

Pero ¿quién?... ¿Luisa? No; Luisa no conoce á Gabriel. Ni las marquesas de Loriense... Entonces?... mamá?... si, mamá es la única que me puede decir la verdad verdadera, la única que puede darme el buen consejo... ¡Es tan buena, mamá

VI

24 de julio.

Al fin me he decidido. Hoy le dije á mamá las sensaciones extraordinarias que las manos de Gabriel producian en mi ánimo.

Ella escuchó bondadosamente, y luego me dijo:

La razón es muy sencilla: « Las manos de Gabriel te gustan, porque la mano es el simbolo del amor puro. Dar la mano es dar de alma. »

— ¡Inocente mamá!...

LA NOSTALGIA DEL DOLOR

LA NOSTALGIA DEL DOLOR

LA NOSTALGIA DEL DOLOR

I

Al verse huérfano, rico y libre, el vizconde pensó en lo que todos los hombres piensan á los veinticinco años.

Pensó en el amor. Pensó en formar una familia de elección, una familia que fuese enteramente suya una de esas familias que sólo se componen de un hombre y de una mujer y que, sin embargo, son todo un universo... ¡Una mujer!... ¡Una mujer!...

El vizconde no concebía la vida sin una mujer. — Y durante los tres primeros meses de su horfandad, todas sus pensamientos y todos sus cálculos fueron ensueños de amor.

II

La más urgente era fabricarse un nido misterioso y coqueto, un palacio que hiciese pensar en los trionfos diminutos de las damas del siglo XVIII, algo que fuese al mismo tiempo campestre y refinado, con mucha seda y muchas alfombras en el interior, con muchos árboles fuera, y entre los árboles muchas estatuas blancas, y luego una infinidad de senderos discretos, y algunas grutas floridas, y también un estanque cubierto de cisnes del Norte y de barquichuelos venecianos...

III

El vizconde era uno de esos seres tímidos y violentos, que se refugian en el sentimentalismo por odio de la existencia vulgar de nuestro Siglo, y que van, de esperanza en esperanza, llevados por la Quimera, preparando minuciosa y matemáticamente la realización de sus deseos singulares, sin atreverse nunca á pasar de los preparativos. La Realidad le daba miedo. La lucha hipócrita y hábil de la vida social, encontrábale siempre dispuesto á dejarse ven-

cer sin resistencia. Él no comprendía sino las antiguas, las francas, las nobles y épicas luchas de que le habían hablado las poemas románticos de Víctor Hugo y las novelas caballerescas de Alejandro Dumas.

Su verdadera vocación era la guerra, pero no la guerra moderna hecha por codicia, ordenada como un juego de ajedrez y compuesta de problemas algebraicos, sino la guerra á la Luis XIV, valiente y cortesana, heroica y galante, llena de aventuras pintorescas y cruel sin brutalidad.

¡Cuántas veces en sus horas de fiebre vanidosa no se había visto él mismo, vestido de seda y de encajes, al frente de una columna de soldados gentileshombres, con el tricornio en la diestra, diciendo á sus tropas un momento antes de emprender la lucha: « Señores, vamos á tener el honor de batirnos! »... ¡Cuántas veces sus soñaciones delirantes no le habían hecho entrar victorioso, después de una ruda pelea, en una ciudad enemiga, bajo una lluvia de rosas y de laureles!... Él hubiera incendiado, hubiera matado, hubiera sido heroico, sanguinario y magnánimo, con tal de merecer una sonrisa, una guirnalda, un aplauso!

Pero había nacido muy tarde, y sólo creía ver un refugio para escapar á la vida democrática y odiosa de su siglo. — Ese refugio era el Sentimiento.

IV

¿Por qué después de haber deseado con tanto ardor una compañera dulce y sensitiva para completar la dicha de su libertad y de su riqueza, habíase unido con esa endiablada Loulou de los Bufos-Parisienses, cuyos grandes ojos azules, claros, casi blancos, parecían dos lagos en los cuales se habían ahogado las almas de muchos poetas?

Ni él mismo lo sabía á punto fijo. — Tal vez por culpa de la Fatalidad...

Una noche, al salir del teatro, el vizconde los condujo á todos á su Trianón para inaugurar la sala de las fiestas.

Durante la cena, el servicio fué hecho por Mauricio Noël, un periodista que tenía la especialidad de mezclar sabiamente cinco vinos distintos en cada copa « con objeto — decía él — de no ser menos que Des Esseintes. »

Al fin de la cena, todos se pusieron de pie. Eran las cuatro de la madrugada. Las mujeres buscaron el brazo de los hombres, con movimientos felinos y automáticos, sacudiendo la cabeza como para acordarse de algo.. Luego las parejas se pusieron en marcha, andando con lentitud, pálidas, casi mudas, no

dejando detrás de ellas sino un eco de besos fatigados y de risas nerviosas...

Sólo Loulou se quedó sentada en su sitio.

— Esta mañana — dijo — ¡no me marchó!

Y en efecto, no se marchó esa mañana... Y al día siguiente tampoco se marchó. Y un mes más tarde, ni ella ni el vizconde habían aún salido del refugio perfumado en cuyo estanque había cisnes del Norte y barquichuelos venecianos.

V

Los tormentos del vizconde aumentaban á cada instante. Eran tormentos monótonos, ridículos, llenos de humillaciones; tormentos nerviosos que iban relajando todas las fibras enérgicas de su temperamento; tormentos de celos, tormentos que hacen reír á muchos y que á veces matan á uno.

Loulou no era dura, ni grosera, ni áspera. Era cruel. Cuando se acercaba al lecho de su amante, siempre llavaba en los labios una sonrisa llena de promesas. Cuando salían juntos, todas las miradas cariñosas eran para su dueño. Hacerla un reproche, habría sido exponerse á representar una de esas comedias en las cuales el juez tiene que pedir perdón al acusado. — Así, el vizconde huía, por sistema,

de todas las oportunidades propicias á las explicaciones, y seguía sufriendo, en silencio, las penas miserables de su amor y de sus celos.

¡Si él hubiese podido encontrarse frente á un rival! ¡Si uno de esos amigos que nunca faltan, le hubiera dado una prueba de la verdad!... Pero no; prueba material no había ninguna. Todo era suposiciones, miradas sorprendidas en el teatro, gestos rápidos entrevistos en el jardín, nada de serio, en fin. Y sin embargo él estaba seguro de que era verdad, de que todo el mundo se burlaba de él, de que su querida...

Mas ¿cómo hacer para echarla á la calle honradamente? Porque para el vizconde, que tenía aún en las venas algunas gotas de sangre feudal, el Perdón no existía. Los que una noche de borrachera le juraban amistad y luego le llamaban « señor », parecíanle indignos de estrechar su mano. Las que en una hora de locura le ofrecían amor eterno y en seguida sonreían al saludar á otro, eran, para él, « monstruos perjuros ». — Su Vocabulario tenía la misma edad que su alma : mil años.

VI

Lo único que de vez en cuando venía á traer una nota color de rosa á su pobre vida gris, eran las cartas de su tío, el mariscal, el padre de Laura.

¡Laura de Montigny! — Este nombre evocaba en el cerebro del vizconde todo un universo de amistad dulce, de cariño tranquilo, de amor casto. ¡Si se hubiese casado con ella!... ¡Si hubiese sabido!... ¡Si pudiera!

Y cada mes, cuando la carta llegaba, el amante de Loulou no conseguía dormir sin soñar en la dicha de tener una verdadera familia y en la alegría de no sufrir, de no dudar, de no despreciar á la que vive á vuestro lado...

Pero el problema de abandonar á su querida, no tenía, para él, solución ninguna.

Al fin Loulou misma lo resolvió sin que nadie se lo aconsejase, marchándose en compañía de un comediante de la legua que iba á buscar fortuna en América.

VII

Un mes después, el vizconde y su prima se casaron... Y el mismo día de las bodas, al volver de la iglesia, mientras la novia, vestida de blanco, sonriente y sencilla, miraba con admiración su nido agreste y refinado, el vizconde, cuya alma había sido hecha para sufrir, comprendió que acababa de perder la única fuente de actividad de que podía disponer, la actividad de la inquietud sentimental, y que á partir de ese momento la existencia tranquila de la verdadera familia, sería para él tan vacía, tan solitaria, tan helada, como el lecho en que Loulou había dormido por la última vez...

ALMA INQUIETA